

ma de JESUS todo su regalo, y mayor consuelo; contemplandola de diversos modos por todo el resto de su vida, segun que se la proponia el divino Esposo, que es la principal causa en la contemplacion passiva, è infusa. Si para meditar la Passion escribiò cien modos distintos el Espiritualissimo Padre Drusbik; quantos, y quan varios seràn los modos con que la divina Sabiduria, y graciosa liberalidad de Dios darà á sus escogidos, para que la contemplen gustando la suavidad del Arbol de la vida.

Muchos con la continuacion del meditar adquieren un habito, ò facilidad, que sin necessitar de muchos discursos encuentran, y descansan en Dios, que es el termino á donde se camina por la meditacion: es el Puerto para el qual se endereza la navegacion con los discursos: y es el alma, que dá vida à los discursos, y meditacion. En este termino, Puerto, y alma reposan pacificamente con una fosegada, y sencilla noticia de Dios, y amor à su Magestad. Esta se suele llamar contemplacion activa, y adquisita: tambien oracion de Fè, porque esta virtud propone los objetos revelados, que se contemplan, y que excitan en el alma actos de esperanza, y de amor. A esta contemplacion exorta San Bernardo, como que està en nuestra mano; *Asuescere contemplationi*. Y San Juan de Cruz dice: *Per usum versum est in habitum, & substantiam unius notitiæ amatorie, & generalis; non distinctæ, & particularis, ut antea*. En esta contemplacion se exercitò lo mas de los veinte años, que vivió en el Siglo; porque como no tenia otras especies, ni le entraban otras noticias, ni cosas del Mundo; luego que se recogia, y acordaba de Dios se gozaba en una pacifica possession de la Magestad divina, amandole intensamente, desseando agradarle mucho, y clamando con gran confianza por sí, y por el bien de sus Proximos. A esta causa sentia la dificultad insuperable

able de multiplicar los discursos, entretenerse en las razones, y valerse de motivos para caminar, y hallar à su Dios; porque yà lo tenia, y en él descansaba; y assi era necesario como apartarse de él para volver al camino. Esto la hacia experimentar, que cada dia se le acercaba mas; por que como crecia la claridad de la noticia, y por consiguiente el ardor en los actos de amor, con los jubilos, y suavidades del gozo en la mayor possession, ò cercania de poseerlo; crecian las ansias, y diligencias para

acercarse mas.

CAPITULO XX.

De los progressos, que tuvo su Oracion en el Claustro.

Saliò la Madre Maria Anna del Siglo como madera cortada, en buen tiempo, enjuta, y bien depurada de los crasos humores de la tierra; y assi bien preparada para que en el taller del Beaterio se labrasse la hermosa Imagen de la Santidad en su admirable vida. Saliò ultimamente dispuesta, para que en ella prendiesse en la fragua de la clausura el fuego Sagrado del divino Espiritu, en que ardiò toda, y se consumió verdaderamente holocausto de amor à su querido Esposo. Què mucho que en la primera Eleccion de Priora huviesse visto descender sobre la Comunidad este Espiritu Soberano, al modo que en el Cenaculo sobre los Apostoles. Y en la ultima al tiempo de cantar Missa en el dia de la votacion. Passado el año de Noviciado, y aviendo hecho los votos con los que se religió mas estrechamente con el Esposo divino, comenzò este à usar de sus liberalidades, y hacer tiernas

caricias à su amada Esposa. Esta sintió gran novedad en la oracion, y experimentaba cosas, que conocia claramente eran sobrenaturales; porque excedian sus propias fuerzas, y assi no con estas, sino con otras, que no conocia, ni sabia como eran, le sucedian estas cosas. No se metia en averiguar como era aquello, lograba los buenos efectos, y de lo demás ni caso hacia. Era extraordinaria la viveza en la oracion, y en las peticiones: en el corazon sentia un ardor excessivo: acabada de comulgar hallaba su voluntad sumamente rendida à Dios. Las visiones, y hablas interiores se le repetian con mucha frecuencia. La facilidad en recogerse era tal, que lo mismo era ponerse à orar, que hallarse recogida, sin duda esto la iba disponiendo, para que Dios la levantara à la contemplacion passiva, de que tanto gozò, y de muchos modos en el resto de su vida, que fueron mas de treinta años, siempre con medras, y nuevos adelantamientos. A què grado llegaría esta su admirable contemplacion, quantos reales, y subidos quilates tendrian todas sus virtudes assi las theologales, como las morales con el ser contemplativas; pues es cierto que esto les dà mas valor, y especialissimo lustre. Diò alguna razon de esto à su Confessor, especialmente de las visiones, y hablas; porque estas nunca se atrevia à callarlas. Si alguna vez no las decia, quedaba con mayores temores, no se le borraban, ni podia tener sosiego, hasta que las comunicaba. Esta era buena señal, porque el Diablo cierra la boca, y siempre procura que sus cosas se oculten, como que no son para salir à luz. El Confessor prudente, y advertido, parte por prueba, parte por assegurarle mas en materia tan delicada como peligrosa; le mandò resueltamente, que no se dexara ir; sino que meditara solamente en las postrimerias. Obedecia puntual al mandato, ò por mejor decir hacia todos sus esfuerzos

para ponerlo en execucion. No lo conseguia, ni podia executar, toda absorta experimentaba en aquel tiempo lo que Dios queria, como que es el Autor, y causa de la contemplacion passiva, sin que la criatura pueda adquirirla, ni estè en su mano hacer otra cosa.

Yà con el cuidado solia el Padre hablarle, y preguntarle mas à cerca de la oracion, y de lo que en ella le passaba. De esto le resultaba un cruel martyrio à su alma; porque primeramente le causaba grande estrañeza, y admiracion, que se hiciese aprecio de sus cosas, pues estas serian boverias suyas mas dignas de reprehension, que de hacer caso de ellas. De aqui le resultaban gravissimos temores, y amarguras; si avria dicho la verdad; si se avria engañado: si en la realidad seria como lo avia dicho? Despues reconocia aspereza en el modo, con que la trataba el Padre; que le respondia las mas veces con desabrimiento; y no pocas la reprehendia. Crecian con esto sus temores, y la persuasion de que todas sus cosas eran ilusiones. No sabia que hacerse, ni de què modo portarse; porque poner por obra el meditar, por mas que hacia no le era possible. Los deseos de no desagravar à Dios, eran cada dia mas ardientes. Sus temores, y los de el Confessor, junto con las reprehensiones, que le daba abultaban mas la persuasion de que estaba engañada. Solo reflexaba, que al passo que crecia este su martyrio en la oracion los consuelos eran mayores. Quanto peor le iba con su Padre, y este la trataba con mas aspereza; le iba mejor con Dios: este la acariciaba mas, la asseguraba, y sentia en su interior un Si de que aquellas cosas eran buenas. Esto la alentaba, y esforzaba para aguantar, proseguir, y no desmayar en lo comenzado. Tambien el ver, que su entendimiento se le iba aclarando, è ilustrando de modo, que no solo entendia muy bien el latin quando rezaba el Oficio

cio divino; sino que alcanzaba el sentido en muchos de los Versos de los Psalmos, y que esto le ayudaba grandemente para tener mayor devocion, mas claro conocimiento de Dios, de si propia, y de otras cosas. Por configuiente la voluntad se le acaloraba, y encendia de tal suerte, que se deshacia con la vehemencia de los deseos. Por este tiempo padeciò un terrible despeño de estomago, que la puso en gravissimo peligro de la vida, y se llegó à ver en las fauces de la muerte con unos dolores muy agudos en el cuerpo, y su alma en un desamparo tan grande, que jamás avia padecido otro mayor, ni semejante. Pero esta enfermedad, y tormento no fue para morir; antes sí para mejorar la vida: porque la ordenò Dios à fin de disponerla mas, para que remontasse los buelos à superior grado de contemplacion. Eran los afectos de la voluntad mucho mas intensos. No solo sentia ardor en el corazon despues de comulgar, sino en qualquiera otro tiempo, aunque no estuviesse en oracion. Repentinamente le venia una como centella, que de improviso la encendia, y se recogia interior, y exteriormente con una abstraccion de todo, hasta llegarle à herir el corazon; como si fuera con una saeta, en esto sentia mucho gozo, è igual dolor, que le solia durar por muchos dias continuado, despues le repetia à vezes, y se le renovaba. Experimentaba una amarguissima contricion de los pecados, que le hacia emmendarse cada dia más aun de faltas ligerissimas. Los actos de amor muy fervorosos, y casi continuos con un vehementemente impetu. Las visiones no eran yá imaginarias, sino espirituales, y con un modo muy delicado. Si se ponía à considerar qualquier mysterio, este se le representaba à su entendimiento con tal viveza, y claridad, como si lo estuviera mirando. Esta luz, y claro conocimiento era muy especial, quando se proponia à la Santissima Virgen

MA-

MARIA, como si viera à la Soberana Reyna setada à la diestra de su Hijo Santissimo bañada de su divino resplandor, con indecible gloria, y toda absorta en la divinidad. Esto la llenaba de gozo, y el entendimiento le quedaba abismado, al modo que sucede quando se ve, ú oye una cosa, que suspende con la admiracion la novedad.

Viendo los buenos efectos, el rendimiento, y humildad con que en todo se ponía en sus manos, y no queriendo retardar, ò impedir las disposiciones divinas, comenzó su Confessor à no mostrarle tanta displicencia, oirla con mas cuidado, y agrado, sin acobardarla con los temores. Ella con esto como que respiraba yá con mas libertad, daba de mano à las dudas, y como una AVECITA, que la tuvieran atada, ó encerrada sin dexarla volar; y de repente le dieran suelta, con que alegría, gorgoros, y apacibles buelos gyra por el aire: assi dilatado su corazon pudo gozar aquella amada libertad, dexandose llevar del impulso del divino Espiritu, que sopla quando, y como quiere, sin que pueda el alma hacer otra cosa, que entregarse en sus manos, y voluntad. Solian con todo renovarse los temores; pero hallaba el consuelo, de que aun en los mismos officios, en que la ponía la obediencia, y que ella la menor repugnancia recibia, exercitandolos con toda exaccion, y aunque fuesen incompatibles con el recogimiento, como son los de Enfermera, Procuradora, y Tornera no obstante no se le cortaban los buelos, ni se le escaseaban las divinas liberalidades; sino que experimentaba las mismas dulzuras de su contemplacion elevada. Solo quando era corto el tiempo, que podia lograr para la oracion, andaba como soñolienta, al modo que sucede al que hà passado mala noche sin poder dormir; porque el alma como que queria cobrar su racion, le costaba trabajo abrir los ojos; porque la misma contemplacion le llamaba

maba los sentidos, para cerrar estas puertas, y entrarfe à solas al trato con su Señor. Por esta causa procuraba aprovechar aun los instantes, en que le daban treguas las ocupaciones. Ni dexaba de sucederle muchas vezes el que aun dormida se hallaba su alma gozando de su Dios en oracion. Experimentaba tambien en alguuas ocasiones, que sin saber còmo sentia su alma metida, y como entrañada en Christo, y Christo en ella. Otras con un modo muy sutil, y delicado echaba de ver, que se iba su alma introduciendo en Christo, como si el Cuerpo del Señor, y ella fueran una misma cosa, no de otra fuerte, que si una nube se entràra en otra, y quedàran ambas echa una. Acavò una noche de tener oracion para ir à cenar; estaba con total desfgana. Al ponerle el plato dixò à su Amado: ò Señor, si tu cenaras conmigo, y yo te diera los bocados, entonces sí que la cena me entrara à mi en gran provecho? Sintió que el Señor estaba con ella, que metia la mano en el plato, y con ella comia. Esto sucedió en los primeros bocados y yà se dexa entender quanto affombro le causaria, experimentar una tal dignacion de su Amado Esposo muy parecida à la que executò con sus amados Apostoles en los dias despues de su Resurreccion. La experiencia fue de un modo muy delicado; pero con tal claridad, que no le diò lugar, ni para la duda. Con los desseos, y ansias con que entraba en la Oracion, era tal el impetu de los afectos, que à lo ultimo de una hora desfallecida la voluntad necesitaba de alguna nueva consideracion, para volverse à encender, y vigorizar. Esto era si la naturaleza por su fatiga daba oportunidad para ello: ó lo permitia. Esto era antes de la novedad que sintió despues de la enfermedad: porque yà entonces era corto el tiempo de una hora, aunque la entrada fuesse con mayor impetu, y ardientes ansias; se le encendia desuerte la voluntad,

luntad, que todo lo que se puede decir, dista mucho de lo que ello es en la realidad, y solo la experiencia es capaz de darlo à entender. Quando antes descaècia, ahora quedaba fofsegada en una abstraccion, y elevacion de potencias total, solo amando dulcissimamente de modo, que le parecia, que de nada tenia conocimiento: otras vezes con el fumo gozo, y alegria, que experimentaba en lo mucho que conocia, le llegaba à parecer, que nada hacia la voluntad. Quando volvía de este regalado descaenso quedaba como quando sacan el hierro de la fragua docil, suave, encendido, y aun al parecer convertido en fuego. Assi su voluntad derretida, y enamorada de Dios toda se le rendia, y entregaba no anhelando à otra cosa, que à poner por obra lo que conocia ser de su divino agrado: sin afecto alguno terreno, toda sin resabios de humana, como divinizada, y queriendo abrafarlos à todos en aquella llama de amor. Solia à veces arder su voluntad con un fervor tan dulce, suave, y apacible, que elevaba las potencias, aun sin perder los sentidos; su alma quedaba tan engolfada, que sentia una como possession del Amado con confianza muy segura, un consuelo, y unos afectos despues inexplicables. Tanto iba subiendo de punto su contemplacion que verdaderamente era su vida del todo estatica.

CAPITULO XXI.

De lo que le passò con su Confessor.

Viendo este como docto, y experimentado los altos grados de contemplacion, à que Dios la levantaba; porque reconocia en ella extasis, raptos,